JUICIO

SOBRE EL ARIOSTO Y EL TASSO.

Carta de Pedro Metastasio á D. Domingo Diodati.

Mi respetable Amigo:

Pidiéndome que decida sobre el mérito del Tasso y del Ariosto, me cometeis una empresa difícil sin consultar bastante mis fuerzas. Vos sabeis qué terribles conmociones se levantaron sobre nuestro Parnaso cuando el Godofredo del Tasso vino á disputar al Orlando del Ariosto la preeminencia de que éste gozaba con tan justo título. Vos sabeis cuántos escritos publicaron sobre esta vana contienda los Pellegrinis, los Rossis, los Salviati y mil otros. Vos sabeis que el pacífico Horacio Ariosto, descendiente de Luis, se esforzó inutilmente en poner de acuerdo á los combatientes, diciéndoles que los poemas de aquellos dos genios divinos eran de un carácter tan distinto que no admitian

ningun paralelo; que Torcuato se habia propuesto no dejar nunca la trompeta heróica, y habia desempeñado su objeto con un arte prodigioso; y que Luis habia querido divertir á los lectores por la variedad del estilo, y mezclando con gracia lo burlesco y lo heróico; lo que habia logrado de un modo maravilloso: que el primero habia hecho todo lo que puede la superioridad del arte, y el segundo todo lo que puede el impulso de una naturaleza feliz: que los dos habian obtenido con justos títulos la admiracion pública, y que habian llegado á la cumbre de la gloria poética por caminos distintos y sin perjudicarse el uno al otro. En fin, no habreis olvidado aquella distincion célebre, pero mas brillante que sólida: que la Jerusalen es un poema mejor que el Orlando, y que el Ariosto era mejor poeta que el Tasso.

Y si os acordais de todas estas cosas, ¿cómo podeis esperar que yo me abrogue el derecho de resolver una cuestion que, despues de tan ilustres debates, está aun por decidir? Seguramente no debo constituirme juez para pronunciar la sentencia en este gran proceso. Solo creo que me sea permitido contar históricamente los efectos que produjo en mí la lectura de estos dos admirables poemas.

Cuando yo empecé á entregarme al gusto de las letras, encontré el mundo literario dividido en dos partidos. El ilustre liceo en que mi buena fortuna me hizo obtener la entrada, se habia declarado en favor del héroe de Ferrara, y sostenia su opinion con aquel esceso de calor que producen ordinariamente las disputas. Mis maestros, queriendo fomentar la inclinacion que yo manifestaba ya

á la poesía, me indicaron el Ariosto como el único modelo que debia seguir, alegando que la feliz libertad de su genio le hacía mucho mas propio para fecundar mi imaginacion, que lo que podia hacer la estéril regularidad, como ellos llamaban, de su rival. Arrastrado por una autoridad tan imponente, seducido por otra parte por el mérito infinito del Orlando, me dejé encantar de tal manera que no me cansaba de leerlo, y que al cabo de cierto tiempo me hubiera hallado en estado de recitar de memoria una gran parte. ¡Desgraciado el que se hubiera atrevido entonces á negarme la infalibilidad del Ariosto, ó á sostenerme que podia tener un rival! Sin embargo, si en alguna ocasion encontraba algun amigo que, con el objeto de seducirme, me recitaba alguno de los mejores pasages de la Jerusalen del Tasso, entonces os aseguro francamente que me hallaba como arrebatado; pero siempre fiel á mi secta, detestaba en seguida mi complacencia como uno de aquellos movimientos rebeldes que produce en nosotros la corrupcion de nuestra naturaleza, y que la virtud nos manda combatir ó sujetar. De esta suerte pasé aquel periodo de la vida en el cual no son otra cosa nuestros juicios que una imitacion de los de nuestros amigos ó maestros. Cuando llegué á combinar yo mismo mis ideas, y á pesarlas en la balanza de mi propio ingenio, la ociosidad ó el deseo de variar de ocupacion, mas bien que la esperanza de hallar algun placer ó la perspectiva de alguna utilidad, me decidieron en fin á leer la Jerusalen. No me entretendré en pintaros el estraordinario trastorno que esta lectura produjo en mi alma. Esta accion grande y única, espuesta con

claridad y con viveza, conducida con tanto tino, acabada con tanta perfeccion, que se ofrecia toda de un golpe á mi vista como en un vasto cuadro; la variedad de acontecimientos de que se compone, y que la enriquecen sin dividirla; la magia de un estilo siempre puro, siempre claro, sencillo y armonioso, y que sostenido por su propia fuerza comunica cierta nobleza aun á los objetos mas comunes; aquel colorido tan hermoso que brilla en las descripciones; aquella evidencia de narracion que seduce y persuade; los caractéres tan variados y tan bien sostenidos; el enlace tan hermoso de ideas; tanta instruccion, tanto juicio, y sobre todo aquella fuerza prodigiosa de imaginacion, que, lejos de agotarse, como sucede regularmente en los trabajos largos, parece ir siempre en aumento hasta el último verso, he aquí lo que me penetró de un placer de que hasta entonces yo no me habia formado una idea; de una admiracion mezclada de respeto; de un vivo remordimiento por mi larga injusticia, y de una implacable indignacion contra los que creian que era ultrajar al Ariosto el compararle al Tasso. No es porque yo no haya descubierto en éste algunas imperfecciones, inseparables de nuestra naturaleza: ¿quién puede hallarse libre de ellas? ¿Pensais acaso que su ilustre predecesor no tenga defectos? Si se observan con sentimiento en el Tasso algunos versos demasiado limados, ¿creeis que no se le imputa algunas veces al Ariosto el no haber limado bastante los suyos? Se quisieran quitar de las obras del uno algunos *concetti* poco dignos de la elevacion de su ingenio, y se sufren con trabajo en las del otro ciertas bufonadas muy poco decentes en un escritor

culto. Se observa que en el poema del Tasso los sentimientos del amor podrian espresarse de una manera un poco menos estudiada: pero tambien seria mejor que el autor del Orlando los hubiese pintado de un modo menos natural. En fin, seria la prueba de una refinada malicia y de una vanidad de pedante el ir á buscar en estos astros luminosos algunas pequeñas manchas esparcidas aquí ó allá.

.....Quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura.

Me direis que nada de esto responde á la pregunta que me habeis hecho, y que quereis que os diga francamente á cuál de los dos poetas doy la preferencia; pero ya os he manifestado, mi querido señor Diodati, la repugnancia natural que siento á aventurar semejante juicio; y para obedeceros sin contrariar mi inclinacion habia creido que bastaba esponeros, como lo he hecho, las diferentes impresiones que hizo en mí la lectura de esas dos obras divinas. Sin embargo, si ni aun esto basta, os diré, despues de haberme examinado á mí mismo, cuáles son las disposiciones en que hoy me hallo. Si para hacer ostentacion de su poder pluguiese á nuestro buen padre Apolo hacer de mí un gran poeta, y me mandára que le declarase francamente cuál de esas dos obras tan justamente alabadas queria yo que él tomase por modelo del poema que me prometiese dictarme, vacilaría mucho en la eleccion; pero acaso mi gusto natural, y puede ser que escesivo, por el método, la regularidad y el órden, podria al fin determinarme en favor de la *Jerusalen libertada.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO